

LA POLÍTICA EN DISCUSIÓN

FLACSO - Biblioteca

320
207 pd.

Diseño de tapa: Estudio R

320 Fazio, Horacio
 FAZ La política en discusión / Horacio Fazio y Carlos
 Alvarez.- 1ª. ed. - Buenos Aires : Manantial, 2002
 352 p. ; 23x16 cm.
 ISBN 987-500-072-8
 I. Alvarez, Carlos II. Título - 1. Política

REG. 15998
 CINT. 15998
 BIBLIOTECA - FLACSO

BIBLIOTECA - FLACSO - EC
 Fecha: 18 agosto 2006
 Cantidad: \$ 13.51
 Proveedor: Servicios Libros
 Canje:
 Donación:

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en la Argentina

© 2002, FLACSO / Proyecto Cambio Político

ISBN: 987-500-072-8

Derechos reservados
Prohibida su reproducción total o parcial

Avda. de Mayo 1365, 6º piso,
(1085) Buenos Aires, Argentina
Telefax: (54 11) 4383-7350/4383-6059
E-mail: info@emanantial.com.ar
www.emanantial.com.ar

HORACIO FAZIO
(Coordinador)

FLACSO - Biblioteca

LA POLÍTICA EN DISCUSIÓN

GERARDO ADROGUÉ
CARLOS "CHACHO" ÁLVAREZ
ALCIRA ARGUMEDO
ATILIO BORÓN
ISIDORO CHERESKY
MARIO DAMILL
JUAN CARLOS DEL BELLO
PEDRO DEL PIEDRO
TORCUATO DI TELLA
MARCELO ESCOLAR
JOSÉ PABLO FEINMANN

ROSENDO FRAGA
RUBÉN LO VUOLO
LUIS MORENO OCAMPO
JUAN CARLOS PORTANTIERO
LUIS ALBERTO QUEVEDO
JESÚS RODRÍGUEZ
CARLOS STRASSER
FEDERICO STURZENEGGER
ABEL VIGLIONE
ENRIQUE ZUJETA PUCEIRO

FLACSO

MANANTIAL

ÍNDICE

Publicación de la Fundación de Estudios Políticos y Sociales, en colaboración con el Instituto de Estudios Políticos y Sociales, de la Universidad Nacional de Córdoba.

Expositores	9
Prólogo de Horacio Fazio	13
I. La Alianza: entre la vieja y la nueva política <i>Carlos "Chacho" Álvarez</i>	19
II. Gobierno de la Alianza: una oportunidad perdida <i>Carlos "Chacho" Álvarez</i>	35
III. El marco democrático y sus posibilidades <i>Carlos Strasser</i>	45
IV. Ciudadanía y política <i>Isidoro Cheresky</i>	57
V. La crisis política argentina en el marco de la globalización <i>Juan Carlos Portantiero</i>	79
VI. La reforma política en la Argentina: antecedentes y perspectivas <i>Marcelo Escolar</i>	99
VII. Política y sociedad frente al nuevo escenario mundial <i>Alcira Argumedo</i>	115

VIII. Perspectivas futuras del sistema partidario argentino <i>Torcuato Di Tella</i>	143
IX. En torno al rol del Estado <i>Atilio Borón</i>	167
X. Mesa redonda de economía. Alcances estructurales y límites políticos del modelo económico <i>Mario Damill, Rubén Lo Vuolo, Federico Sturzenegger y Abel Viglione</i>	191
XI. Mesa redonda de opinión pública. La opinión pública entre la ética y la economía <i>Gerardo Adrogué, Rosendo Fraga, Luis Alberto Quevedo y Enrique Zuleta Puceiro</i>	225
XII. Mesa redonda de política. ¿Vieja y nueva política? <i>Juan Carlos Del Bello, Pedro Del Piero y Jesús Rodríguez</i>	257
XIII. ¿Cambio político desde la política? <i>Luis Moreno Ocampo</i>	283
XIV. La desesperanza como creación política <i>José Pablo Feinmann</i>	297
XV. Política y economía en un país decepcionado <i>Carlos "Chacho" Álvarez</i>	323
XVI. Hacia un acuerdo programático desde un espacio transversal <i>Carlos "Chacho" Álvarez</i>	339

XVI

HACIA UN ACUERDO PROGRAMÁTICO DESDE UN ESPACIO TRANSVERSAL

CARLOS "CHACHO" ÁLVAREZ
2 de agosto de 2001

En esta cuarta y última exposición con la que concluye el Seminario, mi intención es, más allá del desencanto y las urgencias de la coyuntura, marcar algunos de los vacíos que existen en el país según mi percepción, siendo el punto principal, la ausencia de un proyecto nacional. Es esta carencia, más que las variaciones cotidianas de la tasa de riesgo país, la que nos obliga a interrogarnos sobre la viabilidad o no de la Argentina, como una sociedad integrada con un razonable nivel de bienestar y, consecuentemente, con un futuro deseable y previsible.

Tener una estrategia, se confunde con las viejas concepciones estatistas de la economía o con un cuerpo rígido de propuestas centralizadas que no dan cuenta de las coyunturas, las crisis externas o de las nuevas condiciones de la mundialización de la economía. Todo lo contrario, carecer de una estrategia de crecimiento y equidad nos somete como un velero en un mar embravecido a los avatares de los vientos, a la ausencia de rumbo, es decir, a la falta de horizonte, que es lo que viene sufriendo el país desde la crisis del modelo de sustitución de importaciones.

Las diferencias entre ortodoxos y heterodoxos pasa entonces reiteradamente por una discusión en torno a instrumentos aislados, que no dan cuenta de la existencia de un plan de metas más coherentes y ambiciosas que definan la identidad económica de la argentina en esta nueva etapa. Corridos por la crisis permanente, parece ocioso o fuera de contexto y de tiempo atinar a dar cuenta de lo importante, más allá de lo urgente. Lo que no admite discusión, hoy, es que el denominado modelo de los noventa, atraviesa una crisis de legitimidad social irrecuperable. El desempleo, la exclusión, el aumento de la desigualdad y la crisis de la economía real,

obligan a la dirigencia, primero política y luego el resto de los sectores, a perfilar las bases sobre las cuales se puede reconstituir un modelo de país.

Muchas veces se apeló al concepto de políticas de Estado para sintetizar posiciones sobre algunos temas, más allá de lo partidario y de la coyuntura. La realidad muestra que en ninguna área estratégica tenemos políticas de Estado, excepción quizá del Mercosur, que también atraviesa una zona preocupante de turbulencias y desacuerdos.

Por otro lado, se ha aburrido hasta el hartazgo a la sociedad con convocatorias al diálogo, la concertación, a la confección de una agenda o, más presuntuosamente, llamando a la unidad nacional. Lo que vemos, por el contrario, es un gobierno deshilachado, reuniones intrascendentes para las fotos y discursos vacíos y demostrativos de la impotencia para encontrar los ámbitos de trabajo y acuerdos profundos que no giren sobre el estilo de "quién saca ventaja" en el corto plazo, o como recuperar oxígeno político.

Yo percibo que tanto en lo político institucional como en lo económico, la actual no es una crisis más, sino una profunda crisis de identidad que debilita el sentido de pertenencia, quiebra los lazos sociales e instala un vacío de presente, y sobre todo, de futuro, que pone en discusión la idea de Nación y la de comunidad.

Esta crisis está reclamando algo que es muy difícil de lograr: un fuerte realineamiento político sobre la base de un proyecto integral que reencauce las expectativas de la sociedad y permita fundar una nueva etapa. Frente a la fragmentación, la falta de liderazgo nacional en el conjunto de los partidos y las urgencias de la coyuntura, hay que comenzar a conformar espacios transversales de coincidencias. En primer lugar, programáticos, que puedan ser el sustento de una convocatoria amplia que apalanque un nuevo momento de la Argentina.

La Unidad Nacional no es el amontonamiento de lo existente, la suma de lo dado; la suma de lo actual es algebraica, y resta. Como señalé en una exposición anterior, hay que recrear una mística y una misión, y esto es imposible si no se construye un "sujeto político" capaz de romper con muchas de las cosas que la mayoría de la sociedad siente que no van más.

Es una tarea de rupturas y a la vez de construcción, en un momento que no se soportan más empujes, más medidas aisladas publicitadas como soluciones definitivas. Y al no existir ni en el oficialismo ni en la oposición un claro liderazgo democrático, es un trabajo que hay que emprender desde el interior de los partidos, no en clave de ingeniería política electoral, sino como un cuerpo de ideas y propuestas que ayude a renovar profundamente las estructuras y permita ir alumbrando lo nuevo y lo distinto. De aquí lo importante que es recrear ámbitos desde los cuales se puedan ir generando coincidencias en por lo menos cuatro ejes articuladores de un proyecto nacional.

El primero, sin duda, debe dar cuenta de la crisis del régimen político y, por lo tanto, abrirse hacia la sociedad sin oportunismos y sin demagogia, para plantear un conjunto de propuestas que vayan en dirección a reconciliar la política con la sociedad. Y aquí, sí se debe trazar una línea clara entre aquellos que están dispuestos a romper con prácticas y estilos que desmerecen la política, y quienes, por ceguera, incapacidad o conveniencia, aspiran a continuar flotando en este pantano en que de a poco se van hundiendo todos sin distinción alguna.

El segundo, muy entrelazado al anterior, es la elaboración de los comunes denominadores de un proyecto estratégico de crecimiento y equidad. Esto quiere decir, definir una economía de desarrollo para salir del esquema de los años noventa, y dar cuenta junto a los actores económicos, de una visión de mediano y largo plazo que no nos condene a padecer como única salida el ajuste perpetuo. Cuando el ajuste es la estrategia, y todo lo demás está subordinado, el resultado es la depresión en todos los sentidos, el vacío de futuro y el achicamiento como programa excluyente. Hoy estamos en ese lugar, el de la penuria, no sólo por la pésima situación presente o por la recesión que ya lleva casi tres años, sino, peor aun, por la falta de perspectiva de cambio.

La luz al final del túnel no va a aparecer a través de artilugios publicitarios o por alguna medida salvadora, sino que hay que comenzar a sentar las bases de su generación en forma gradual, mostrando en los hechos que desde un esfuerzo compartido y consustanciado en el interés nacional, se puede ir remontando las causas del escepticismo y la desazón.

Un proyecto estratégico en lo económico debe definir cómo se complementa una mejor inserción del país en los mercados internacionales, con el desarrollo y la expansión del mercado interno. Y cómo se articulan en una economía moderna un Estado eficaz con mercados competitivos. Al mismo tiempo, hay que redefinir dos cuestiones clave: el régimen impositivo, que debe ser más simple y progresivo, y la relación Nación-provincias, en un acuerdo estable que armonice la existencia de un proyecto nacional con un real federalismo.

Ayudar a definir el perfil productivo de la Argentina para que sea un país más competitivo no es retroceder a las políticas de planificación centralizada o generar distorsiones o favoritismos desde el aparato estatal. Planeamiento estratégico es lo que hace cualquier empresa mediana o grande hoy, que debe competir en mercados cada vez más agresivos y complejos. ¿Cómo un país no va a tener un horizonte de mediano y largo plazo, en un mundo donde la globalización, si bien reduce los márgenes de acción, está lejos de disolver las identidades y los Estados nacionales, y obliga más aún a definir cómo se aprovechan las oportunidades y se combaten las amenazas?

Lo que los mercados y las calificadoras de riesgo aconsejan como modelo, en realidad no lo es; lo que llaman reformas estructurales, todas ellas

están pensadas en clave fiscal: la educación, la salud, la seguridad social, etc. La única estrategia es la solvencia fiscal, cuando en realidad ésta debe ser un componente más de una política de crecimiento, empleo y equidad.

Aquí prevalece una mirada económica estrecha y unilateral, siendo el desafío plantear un desarrollo integrado e integrador desde el punto de vista social y regional. En los últimos años se han descuidado ostensiblemente los problemas de la economía real, creyendo que ordenando las variables macroeconómicas, lo demás viene por añadidura. Los hechos han demostrado la ruptura del tejido productivo, el reforzamiento de la concentración económica, las crisis de las economías regionales, la reprimarización de nuestras exportaciones y la pérdida permanente de competitividad. Por supuesto que este esquema conlleva al aumento de la tasa de desempleo y a profundizar los niveles de desigualdad. Esta política económica no es sustentable ni política ni socialmente en el largo plazo.

Por eso insisto en la necesidad de crear espacios políticos transversales y conformar una masa crítica apta para repensar un modelo de desarrollo, dejando de lado los dogmas o las visiones interesadas que hegemonizan el pensamiento económico desde la segunda mitad de los setenta hasta hoy.

Vuelvo al comienzo, donde señalaba que eran notorios los acuerdos para diagnosticar los problemas, o los efectos regresivos de las actuales políticas, pero en sentido contrario también es notoria en el país la falta de los requisitos o condiciones políticas programáticas e instrumentales para la existencia del "otro camino". Reconocer esto es lo que debe promover la búsqueda y el trabajo sistemático que le den sustentabilidad política, técnica y programática a una salida heterodoxa. Luego, por supuesto, mucho de lo diferente tiene que ver con la eficacia en la gestión, y es allí donde la calidad de la política desempeña un rol central. Aquí, el modelo de gestión es también lo que le permite a la sociedad percibir si realmente hay una vocación de cambio, o si los intereses sectoriales, partidarios y clientelísticos siguen predominando en las decisiones.

El tercer punto o eje es el referido a la equidad y a la cuestión social. A la equidad hay que resituarla como un factor de crecimiento, considerando que el mejoramiento del patrón redistributivo es vital para un desarrollo integral e integrado del país. Hasta ahora, la equidad es sólo un adorno discursivo, pero no aparece al momento de discutir la economía. Nos olvidamos que fue un componente substantivo de nuestra modernidad; al colocarlo al margen de la agenda estamos insistiendo en esquemas que son insostenibles en el mediano y largo plazo.

Cuando decimos que el Estado debe desempeñar un papel en la definición del perfil productivo, estamos hablando de generar condiciones para el desarrollo de sectores competitivos capaces de generar más y mejores empleos, al contrario de un patrón de especialización que promueve la baja salarial o incluso la desocupación como ejes de la competitividad. No

creo que alcance sólo con definir reglas generales, y a partir de allí, a suerte y verdad, el mercado define quién es competitivo o no. La tarea de planeamiento es necesaria para impulsar nuevos emprendimientos, diversificar la base productiva, alentar la incorporación de nuevas tecnologías y plantearse una más vigorosa inserción en los mercados internacionales. En la mayoría de los países exitosos, Estado y mercado, funcionarios y empresarios, trabajan complementariamente en las mejoras sistémicas de las condiciones para el desarrollo. Aquí, existe un manifiesto divorcio entre la tarea conductiva y la función de quienes tienen que generar la riqueza, por eso los llamados a la concertación siempre se producen por la urgencia o en las crisis, nunca para acordar líneas de trabajo de más largo alcance.

El compromiso con una mejor distribución del ingreso no debe tener el carácter de aleatorio, residual o estar a la espera de tiempos o etapas futuras que, por supuesto, nunca llegan. El modelo de crecimiento debe incluir en sus presupuestos una mejora sustantiva de la calidad de vida de nuestros compatriotas. En definitiva, sería volver a pensar la economía asociada al mayor bienestar social.

Otro tema clave es acordar no sólo la enunciación, sino el diseño federal de una política de inclusión social que pueda ser continuada en el tiempo, evaluada en sus resultados y controlada en su gestión. Mejorar la calidad del gasto es central, sobre todo cuando se trata de contar con recursos para las políticas sociales. La posibilidad de un programa que reúna los consensos más amplios, no sólo desde la política, sino también desde las organizaciones populares y no gubernamentales, es indispensable para que también el sector privado pueda colaborar en la política de combate a la pobreza y la exclusión.

El descompromiso del gobierno actual y del propio Presidente por la política social en el país, donde día a día crece la cantidad de pobres, habla a las claras de la necesidad de incorporar el tema social como uno de los ejes básicos de una nueva propuesta.

El cuarto eje articulador de un proyecto nacional debe incorporar en la agenda la problemática del conocimiento, integrando la educación, la capacitación, la investigación científica y tecnológica, y el acceso y difusión de las nuevas tecnologías.

No puede existir un proyecto nacional de desarrollo que no incluya una fuerte inversión en las áreas del conocimiento, donde nuestro país fue perdiendo terreno a pasos agigantados. En ese espacio hoy cunde el desánimo, la falta de proyectos y la penuria de recursos. Todos los discursos político-partidarios y de campaña que insisten en la importancia estratégica de la educación, son dejados de lado al primer día. Y por lo tanto, las áreas vinculadas al conocimiento se convierten en zonas de conflicto donde la situación de los docentes, investigadores y demás actores de la educación pasan al primer plano, no por su jerarquización, sino por sus deman-

das insatisfechas. La complejidad social desplaza los contenidos y los objetivos, y así, una de las más cruciales problemáticas de la época pasa a ser parte de la lucha social.

Un proyecto integral de Nación, a mi entender, debería en principio y como aproximación, contener estos cuatro ejes: la renovación político institucional, una estrategia de desarrollo productivo, la cuestión social y la problemática del conocimiento. Y este proyecto sólo va a existir si se trabaja sistemáticamente en los tiempos no electorales, con sentido patriótico, pensando en el vacío de esperanzas y cambiando el sentido de una situación cada vez más sofocante, que hoy se nos presenta sin salida.

PREGUNTAS Y COMENTARIOS

Pregunta: Sobre la relación entre la política y el mercado.

Respuesta: El mercado es irremplazable para generar riquezas, pero luego, a partir de este concepto básico, quedan muchos interrogantes: ¿cuánto debe intervenir el Estado para compensar sus distorsiones? ¿Cómo hay que gestionar para regular eficazmente allí donde no hay competencia? ¿Cómo hay que desregular, que también es una fórmula para evitar monopolios e incentivar la baja de precios? ¿Cuánto debe incidir el Estado para facilitar el despliegue de los sectores productivos estratégicos, más allá de las normas de carácter general? ¿Cómo debe defenderse al país de las prácticas desleales de nuestros competidores externos, defendiendo nuestro mercado? Las respuestas a estos interrogantes llevan a un punto central: necesitamos contar con un Estado eficaz que hoy no tenemos, pues es el lugar a través del cual un país consensúa un proyecto estratégico y genera las condiciones de sustentabilidad política, económica, social e institucional.

El mercado por sí solo es incapaz de desarrollar un modelo de Nación, y esto debe convertirse en un acuerdo básico de los argentinos. El Estado no sólo debe garantizar mejores servicios básicos como educación, salud, seguridad y justicia, sino que tiene también un rol fundamental para articular el interés general y garantizar mayores niveles de justicia social.

Para equilibrar el mercado se necesita mejorar la calidad y la productividad del gasto, combatir la evasión y el contrabando, y tratar con mucho vigor a aquellos que, teniendo mayores recursos y poder, incumplen la ley. Tenemos un Estado fuerte con los débiles, por eso puede bajar salarios y jubilaciones, y débil con los poderosos, por eso no cobra los cánones adeudados por ciertos sectores amigos del poder, permite las estrategias de elusión y hace muchas veces la vista gorda sobre prácticas y conductas ilegales.

Hoy, lo que se ve es que el sistema político está colonizado por los intereses particulares que financian las campañas externas e internas y es inca-

paz de instalar nuevas reglas de juego equilibradas y perdurables en el tiempo. No llegamos al actual desequilibrio entre la política y el mercado por la perversidad de este último, sino por la falta de convicción y la existencia de intereses y centenares de pequeñas mafias que hablan de un país anómico.

De aquí que haya insistido tanto en relegitimar la política y dotarla de autoridad, tanto para conducir una estrategia de crecimiento, como también para regular con eficiencia y obligar a todos a cumplir con la ley. Nada se resuelve con una "unidad nacional" o una concertación que sea la suma de las mismas concepciones y prácticas que vienen dominando las decisiones desde hace mucho tiempo.

Pregunta: Sobre la situación política del peronismo y del radicalismo hacia fines de los ochenta y semejanzas con la actual coyuntura.

Respuesta: El fracaso demostrado hasta hoy por un gobierno hegemonizado por el radicalismo, al igual que a fines de los ochenta, deja el campo libre para el justicialismo, sin que éste haya procesado nada de lo que sucedió en la década anterior, ni renovado sus métodos ni sus propuestas. Ahora, depende de su inteligencia y capacidad para erigir un nuevo liderazgo. El estado actual es de mayor fragmentación, y el peronismo, más que un partido nacional, parece una confederación de gobernadores, a los que hay que agregarle el potencial de Duhalde en la provincia de Buenos Aires —que todavía se conserva casi intacto— y el poder de daño de Menem, que no creo haya desaparecido del escenario de la política argentina, y menos del peronismo. ¿Cómo ordena el peronismo el poder interno contando con cinco figuras con ambición de poder y liderazgo? A fines de los ochenta, la interna Menem-Cafiero pudo resolver sin traumas la candidatura a presidente, y por ende el liderazgo. Ahora, el justicialismo se enfrenta en términos de orgánica y de hombres —no de proyectos— a un nuevo desafío. Y resalto lo de orgánica y de hombres porque, al margen de los esfuerzos de Duhalde por querer ser el portador de una salida productivista o neodesarrollista por sobre la herencia menemista, en realidad, lo que la mayoría del pueblo vislumbra es que no existe, en serio, una propuesta integral alternativa.

Comentario: En función de un nuevo proyecto de país me parece que hay que cambiar un poco la mirada, porque hay una colonización mental por parte de la economía.

Respuesta: Es un tema claro, porque en el gobierno la política va detrás de las decisiones del ministro de Economía, sobre todo cuando no hay proyecto, o quien conduce no tiene ideas propias, como es el caso de De la Rúa. Su única convicción parece ser la solvencia fiscal, y acordemos que pa-

ra un presidente es un objetivo muy limitado, y que se demostró altamente insuficiente. Pongo el ejemplo de la relación con las empresas de servicios privatizados o con el sector financiero. Si el Presidente marca una línea de ir obligando a una baja de tarifas y que los ganadores de la década del noventa hagan el esfuerzo mayor, el Ministro de Economía debería ejecutar las directivas del Presidente. Pero aquí ha sucedido lo contrario: el Ministro de Economía marca la estrategia y el Presidente acompaña. Entonces, efectivamente, se invierten los roles y los economistas pasan a ser una suerte de primeros ministros que no sólo ejecutan, sino que antes deciden lo que hay que hacer, consiguiendo el aval del Presidente. Si a López Murphy le hubiera ido de otra manera con su ajuste, hubiera dominado su visión, pero como las medidas fueron rechazadas política y socialmente, el Presidente lo tuvo que despedir. Entonces, se impone la pregunta: ¿cuál es la concepción del Presidente? No sabemos; o lo sabremos según sea la salida que proponga su ministro de Economía y la evolución de la crisis. Por eso, la sociedad hoy ya no tiene ninguna expectativa respecto a la figura presidencial, a la que considera despectivamente. Me permito insistir en la necesidad de reconstruir un horizonte, en el cual lo importante no desmerezca lo urgente, y permita que los argentinos se sientan convocados a una tarea nacional.

Comentario: Acá metieron en la cabeza de la gente que el único desequilibrio es el desequilibrio fiscal y, por ejemplo, ante el desequilibrio del mercado laboral, también la consigna podría ser desocupación cero. Presentar el problema del desequilibrio como sólo fiscal y no querer admitir que hay otros desequilibrios, es escandaloso. Para el capitalismo actual sólo hay bienes mercantiles, no hay bienes públicos o bienes posicionales. Para mí, el discurso político en este momento es delirante, no ven lo que en la realidad está ocurriendo. Va a llegar un momento en que ese delirio se va a caer, porque no tiene consistencia. El Frepaso es parte de ese paisaje que tan agudamente vos retratás.

Respuesta: Respecto al tema de la solvencia fiscal, la Argentina es un país que va perdiendo la confianza externa y, lamentablemente, la interna, la de nuestros propios compatriotas. Es cierto que un tema es el del equilibrio presupuestario; lo reconoce un intendente, un gobernador o cualquiera que hoy administre, más allá del signo ideológico o partidario. Por ejemplo, los buenos gobiernos petistas en ciudades importantes del Brasil, se caracterizan por tres cuestiones centrales: equilibrio en las cuentas, primacía de las demandas populares, tanto en términos regionales como sociales, y además transparencia absoluta. Quiero decir que en cualquier situación, la solvencia fiscal es un punto importante. Pero que, paradójicamente, debería ser más flexible cuando se atraviesa una recesión, ya que se necesita estimular la demanda y tener políticas más expansivas. El proble-

ma es cómo se logra el equilibrio; si mediante el ajuste de los sectores más vulnerables –que produce más escepticismo y depresión– o, por ejemplo, planteando bajar los intereses de la deuda y mejorar por distintas vías los ingresos de la población.

Yo insistí mucho, después del fracaso de la suba de impuestos y el recorte salarial a los estatales, que la prioridad debía ser un plan de crecimiento y el compromiso con los sectores productivos más sensibles a la generación de empleo. Por eso puse énfasis, en su momento, en lo productivo y lo social; por ejemplo, canalizando fondos en programas para incentivar el consumo de los sectores menos protegidos. Pero la visión que predominó fue otra. Así todo, creo que es un mito que los márgenes estén tan acotados, que nada se puede hacer. Las cosas que se pueden hacer, yo creo que no las quieren hacer; primero porque domina una visión temerosa, y además, porque los intereses construidos durante años tienen mucha influencia. La receta conservadora y la apuesta a que, sin tocar casi nada, la economía puede recuperarse y volver a crecer, es lo que ha prevalecido en la mayoría de las decisiones.

Mi corto paso por el llamado poder me dice que existe un margen importante para transformar. Es cierto que existen condicionamientos y grandes restricciones, pero también que la política puede ensanchar la frontera de lo posible en un marco de racionalidad y no de puro voluntarismo. Respecto al Frepaso, deberán ser los propios compañeros quienes debatan las mejores opciones y cómo reconstruye su identidad.

Comentario: Viendo esta situación de crisis, me planteaba cuál era el límite de la época para cuestionarse a sí misma y el límite que yo encontraba era esto de lo unívoco, que no haya posibilidades de imaginarse otra cosa, ni siquiera en términos económicos. Por otro lado, yo también pensaba que en la medida que eso no suceda, va a ser muy difícil que surjan nuevos líderes o nuevos dirigentes, porque se reproducen esquemas. Pueden cambiar las edades, las caras, pero en realidad van a seguir los mismos. Por otro lado, otro de los errores en los que caímos, y que tal vez fue una estrategia, fue encasillar a la situación de crisis que vive la Argentina con el rótulo de menemismo. El menemismo, supuestamente, se terminó, pero la crisis sigue siendo la misma. Por ahí te dicen: el menemismo era tal cosa, nosotros somos tal otra. La gente dice que la Alianza es más menemismo. No es menemismo; Menem fue la cara de otra situación que hay debajo. Es como que todavía no nos atrevemos siquiera a poner en claro cuál es la situación.

Respuesta: Es una época difícil, pero sirve de poco estigmatizarla. En los setenta creímos que todo era posible, que teníamos la receta, y así nos fue. La diferencia era la existencia de ideales, que hoy no existen; o de una épica –que hoy es la de los cargos–, y la entrega, que ahora se canjea por

un trabajo. Una época que contradice los valores en los que nosotros nos formamos: proyecto común, solidaridades, compromisos efectivos con los más débiles y certezas acerca de la posibilidad de construir otro modelo de sociedad. El tema hoy es cómo, en una época sesgada por una cultura individualista, la fragmentación, el sálvese quien pueda y la ambición de poder sin proyecto, se pueden recuperar ciertos valores y hacer de la política una actividad noble y no un negocio. Porque si no se logra esto, la política queda reducida a una especie de ciencia de la administración o de gerenciamiento, en la cual los mismos intereses le “alquilan” el poder formal a los partidos por un lapso de tiempo, en un lento pero pronunciado proceso de deslegitimación social de la política.

Si uno hace política, debe sentir y estar persuadido de que está cambiando algo; de lo contrario, para flotar o hacer creer que porque se hacen discursos “progres” ya se justifica el estar, me parece que es otra forma de profesionalismo burocrático, tan cuestionable como la de aquellos liberales que viven criticando al Estado, pero les gusta vivir a sus expensas.

Es verdad que no se rompe —más allá del menemismo— ni con los dispositivos institucionales, ni en lo económico, y mucho menos en lo social. Esto es lo que yo defino como fracaso, y me hago cargo de lo que me corresponde. Pero ¿qué es hoy una alternativa? Seguro que no es un texto revelador. Algunos, me parecen, esperan eso: que aparezca una elaboración totalizante que nos dé la respuesta a casi todo, como la que creíamos tener en otras épocas. Yo creo que es una combinación entre una concepción, un conjunto de prácticas distintas y la capacidad de acumular el mayor y más activo consenso que se pueda de parte de la sociedad. Este proyecto se juega, como ya lo he señalado, en la elaboración de una estrategia, y también en la eficacia de la gestión.

Si yo sostengo, por ejemplo, en un texto o en un discurso la necesidad de una relación distinta entre el Estado y el mercado, es verdad que es una frase remanida que no le mueve nada a nadie. Pero traducida en términos de conducción y ejecución de políticas públicas, definen en gran parte el sentido de la alternatividad al proyecto menemista de destrucción, vaciamiento o saqueo del Estado. Por eso creo en una combinación de un proyecto estratégico y la solvencia, convicción y equipos para llevarlo adelante. El puro texto, sin sujetos, sin medir las relaciones de poder y sin la fuerza institucional suficiente, lleva inevitablemente al voluntarismo. El poder sin ideas es lo que estamos padeciendo, que es, como vos señalabas, más de lo mismo. El poder sin ideas ni convicciones y sin rumbo es la nopolítica y la no-representatividad, y de esto también hemos aprendido. Y creo, además, que otro concepto del poder también se juega en la capacidad de colocar en el escenario político nuevos sujetos, otros protagonistas, donde la renovación progresista no sea simplemente alianzas entre iguales, pero ahora reciclados bajo otro sello interpartidario.

Éste, en parte, va a ser el desafío que enfrente la diputada Carrió. ¿Cómo hacer para que el crecimiento de su figura sea el punto de partida para ir alumbrando algo nuevo, no sólo el coraje para desentrañar los mecanismos más perversos que dominaron los años noventa, sino también la capacidad para articular una estrategia distinta de representación y acumulación de consenso? Y esto está asociado a poder expresar a los sectores menos favorecidos con quienes se muestran desencantados con la experiencia aliancista y recusan abiertamente el funcionamiento actual del sistema político. Como ustedes ven, no es tarea sencilla.

Pregunta: Respecto a la deslegitimación del Estado, dijo que había que ser creativo y construir herramientas válidas de transformación. Lo que angustia, sobre todo a los que hacemos política y teniendo incluso una figura como Lilita Carrió que se anima, es tener que caer en las estructuras partidarias. ¿Desde dónde construimos? ¿Cómo pensamos algunas formas nuevas? A mí me parece importante la democracia participativa. Lo que nos angustia es desde dónde construimos una herramienta transformadora que legitime un Estado, y desde allí, tener cierta legitimidad para poder influir, por ejemplo, sobre los mercados.

Respuesta: Hay que evitar el dogma que dice que por fuera de las estructuras partidarias no se puede hacer nada. Este planteo lleva a reproducir la decadencia de las grandes estructuras en un partido menor, situado "a la izquierda de la pantalla". Nos pasó en el Frente y hoy hay situaciones irreversibles para avanzar en una política de las convicciones, que choca con el pragmatismo sin límites de las prácticas hoy dominantes. La mera suma de los progresistas no va a dar automáticamente otra alternativa. Primero, porque hay muchos que se dicen progresistas pero sus prácticas son las de los peores conservadores; y luego, porque sin proyecto previo y sin nuevas formas de convocatoria y construcción, necesariamente se repite lo fracasado, o a lo sumo, se conforma un nuevo partido que volverá a depender de la suerte de su referente. Creo que el debate está abierto; la salida de estos dilemas, no va a ser obra de ningún iluminado, sino de una reflexión colectiva que logre ir saldando acuerdos de fondo en el tiempo.

Vuelvo a insistir en lo importante que es ir creando una masa crítica de acuerdos programáticos que atraviese a los partidos, que puedan o no traducirse en una coalición política, pero que le otorguen un sentido trascendente a las convocatorias, hasta ahora vacías, a la unidad nacional. Una agenda de trabajo para los acuerdos de fondo entre sectores o dirigentes de distintos partidos, más allá del calendario electoral, permitiría ir avanzando sobre bases firmes y alejarnos del oportunismo, el sinsentido o la superficialidad interesada de quienes convocan a dialogar sobre la nada.